

esas pajareras : gocen de la libertad esas avecillas cuyo canto y alegría despedazan mi corazon... Y estas flores que mi hermano ha cultivado... perezcan tambien con él... Al acabar estas palabras comienza á correr furiosa por el jardin, cortando y destruyendo todas las flores que hallaba al paso¹.

Esta dolorosa escena hizo mucha impresion en el corazon de Alfonso. Luego que volvieron á casa de Nicandro suplicó á Thelismar le explicase de qué modo podian resultar de un mismo sentimiento dos ideas tan opuestas. ¿Por qué aquel anciano se deleitaba en cultivar las flores de su mano, cuando por el contrario Eufrosina hallaba algun género de consuelo en destruirlas? Entónces le preguntó Thelismar cuál de las dos acciones le habia parecido mejor. Me parece, respondió Alfonso, que la del anciano es mas natural; no obstante, la otra me ha causado una sensacion inexplicable. Una sensibilidad comun, dijo Thelismar, no produce sino efectos comunes; pero una sensibilidad profunda produce naturalmente ideas y acciones extraordinarias. Si esta mujer, por ejemplo, reuniese á un corazon tan sensible, ingenio, gusto y discernimiento, y quisiese escribir, no hay duda que sus producciones serian originales, se hallarian en ellas pensamientos nuevos, mucha energía y afectos verdaderos.

Thelismar y Alfonso permanecieron aun algunos dias en Buyuk-Deré; despues se despidieron de Nicandro y de su amable familia, salieron de Grecia y entraron en el Asia por la Natolia. Estuvieron algun tiempo en Bagdad² y en Bassora³, y deteniéndose en la isla

¹ Una mujer griega llora su marido, su hijo, etc., con sus amigas durante algunos dias, cantan sus alabanzas, y solemnizan su pérdida con lágrimas... Las expresiones del dolor son aun hoy dia las mismas que antiguamente, como arrancarse los cabellos y rasgarse los vestidos... Los padres y madres siguen sus hijos cuando los llevan al sepulcro : los Griegos observan la antigua costumbre de lavar los cuerpos antes de amortajarlos... Si es una jóven, le ponen sus mejores vestidos y la coronan de flores; las mujeres echan desde sus ventanas rosas ó aguas de olor sobre el ataúd cuando pasa... Los antiguos adornaban los muertos con coronas de flores, para indicar que finalmente habian vencido las miserias y pesadumbres de la vida... La comida funeral no ha sido omitida por los Griegos modernos. El pariente mas cercano está encargado de este cuidado, y con esto se da fin á las exequias... Los padres y madres en la Grecia llevan el luto de sus hijos, luto que dura mucho, y este uso es tambien antiguo entre ellos... Han conservado tambien el uso de vestir los muertos con sus mejores vestidos, y de llevarlos á enterrar con la cara descubierta.

² Bagdad, ciudad populosa situada sobre la ribera oriental del Tigris : los Turcos la tomaron hácia el año de 1638.

³ Bassora, hermosa ciudad situada un poco mas arriba del sitio en donde se unen el

de Bahrein en el golfo Pérsico, vieron la famosa pesquería de perlas : de allí fueron por mar al reino de Visapur. Durante esta navegacion, una noche que Thelismar y Alfonso sentados sobre la cubierta del navío hablaban de las maravillas de la naturaleza : Ya por fin, decia Alfonso, creo que las conozco todas. — Puesto que eres tan sabio, le replicó Thelismar, explicame el fenómeno que actualmente se nos presenta, vuelve la vista á esta parte, y dime la causa de lo que verás. Entónces Alfonso se acerca á Thelismar, y mirando al mar repara que el navío iba navegando en un círculo de fuego que con la oscuridad de la noche parecia aun mas brillante. Toda la superficie del mar estaba cubierta de estrellitas resplandecientes. Cada ola que se estrellaba contra el navío esparcia una luz clarísima, y el surco de la embarcacion de un color plateado y luminoso estaba sembrado de puntos brillantes y de color azul celeste¹. Confieso, dijo Alfonso, que este espectáculo es magnifico, y que absolutamente no sé lo que es. Vamos á acostarnos, interrumpió Thelismar, y si esta noche te despiertas, me persuado que harás algunas reflexiones saludables acerca de la presuncion, que á ti mas que á otro ninguno te persuade que sabes mucho, siendo así que esa presuncion carece de fundamento. No respondió Alfonso, y dando un abrazo á Thelismar entrambos se fueron á acostar. Média hora habria apénas que Alfonso se habia quedado dormido, cuando oyó en su camarote un ruido que le despertó. Habia apagado la luz, y se asustó mucho cuando al abrir los ojos vió fuego en las tablas que estaban enfrente de su cama. Se levanta apresurado, y entónces crece su admiracion al ver estas palabras escritas sobre la tabla con letras grandes de fuego : « Sabio Alfonso, tu miedo es vano, porque este fuego no quema². » Alfonso, tan avergonzado como lleno de admiracion, tocó aquellas letras, y no sintiendo calor al-

Tigris y el Éufrates : los Turcos la poseen desde el año de 1668, y dista cien leguas de Bagdad.

¹ *Mar luminoso* es un fenómeno comun en ciertos mares. La proa del navío que surca las aguas del mar las hace borbollar, y parece encenderlas; en medio de la oscuridad de la noche voga la nave en un círculo luminoso, del cual queda en el surco un rastro grande de luz : el mar es mucho mas luminoso en las cercanías de las islas Maldívas y de la costa de Malabar que en cualquier otro paraje del mar Océano.

² Este fenómeno es producido por los fósforos, nombre que se da á los cuerpos que aparecen luminosos en la oscuridad, v. g. : los gusanos luminosos, las ostras, los dailós, la madera podrida, el pescado corrompido, los ojos del gato, el mar luminoso, etc. Muchas veces la carne, la sangre, los pelos, y una infinidad de otras materias procedentes de plantas ó animales brillan en la oscuridad

guno, exclamó : ¡Ah Thelismar! Lo que mas me admira es el que Vd. sabe hacer amables aun las mismas lecciones que ofenden al amor propio. Á este tiempo entró Thelismar riéndose en su cuarto con una luz en la mano, y despues de haberle explicado la naturaleza de aquellos supuestos caracteres de fuego, se fué y Alfonso volvió á dormirse.

Es tiempo tambien de que nosotros hagamos lo mismo, interrumpió la Baronesa, porque esta noche la velada ha sido mucho mas larga que otras.

La noche siguiente la Marquesa prosiguió la lectura de la historia de Alfonso de esta suerte :

Luego que los dos viajantes hubieron llegado á Visapur, fueron á ver las minas de diamantes. Despues fueron á la corte del Gran Mogol. Thelismar obtuvo una audiencia del emperador, y fué á palacio con Alfonso. Atravesaron varios salones, y en todos vieron gran número de hermosas mujeres magníficamente vestidas y armadas con lanzas, que componian la guardia interior de palacio; finalmente, llegaron á una espaciosa galería entapizada con tisú de oro. El monarca estaba sentado en un trono de nácar de perlas, sembrado de rubíes y esmeraldas. Cuatro columnas enteramente cubiertas de diamantes sostenian un dosel de tela de plata bordado de zafiros, y adornado con festones y borlas de perlas. De una de las columnas pendia un soberbio trofeo compuesto de las armas del emperador, que eran su arco, aljaba y cimitarra, todo guarnecido de pedrerías, y pendientes de una cadena de topacios y diamantes. El emperador tenia un vestido de tela de oro; en medio de su turbante se veia un diamante de un resplandor que deslumbraba, y tan grande que le cogia casi todo lo ancho de la frente; várias sargas de gruesas perlas formaban sus brazaletes y collar, y una infinidad de piedras preciosas de varios colores enriquecian su tahalí y borceguíes. Delante de él habia una mesa de oro maciza, y todos los magnates de su corte costosamente vestidos estaban de pié á un lado y otro del trono. Thelismar le presentó algunos instrumentos de geometría, cuyo uso le explicó por medio de un intérprete. El emperador se manifestó muy contento de los regalos y conversacion de Thelismar, le dijo que aquel dia era el de su cumpleaños, que en todo el imperio se hacian grandes fiestas, y convidó á los dos á pasar la tarde en su compañía.

Varios criados entraron y presentaron á todos vino en copas de cristal de roca; todos se sentaron, y entró en la sala una tropa de músicos que tocaron várias sonatas por espacio de média hora. Acabado el concierto se sirvió un magnifico banquete en vajilla de



oro. El emperador hizo llenar una copa de vino y se la envió á Thelismar; esta copa era de oro guarnecida de turquesas, esmeraldas y rubíes. Luego que Thelismar hubo bebido, el emperador le rogó que se quedase con ella en prueba de su amistad. Á los postres se hizo traer el emperador dos grandes bandejas llenas de rupias que esparció por el cuarto, y los palaciegos se arrojaron con ánsia á recogerlas. Poco despues le volvieron á traer otras dos bandejas de almendras de oro y plata mezcladas, que arrojó lo mismo que las primeras, y que fueron recogidas con igual prontitud. Bien podéis juzgar que Thelismar y Alfonso no quisieron participar de esta generosidad, porque la codicia y vileza de los magnates mogoles los llenó de indignacion. Tambien repartió el emperador entre los músicos y algunos palaciegos várias piezas de tela de oro y otras alha-

jas; y despues continuaron bebiendo. Thelismar y Alfonso fueron los únicos que no se emborracharon. El emperador, que ya no podia sostenerse, torció la cabeza, y se quedó dormido; entónces cada uno se fué á su casa.

Cuando Thelismar y Alfonso estuvieron solos: ¿Qué piensas de esta corte? le dijo Thelismar. — Pienso, respondió Alfonso, que el Gran Mogol es el soberano mas rico y magnífico de todo el orbe. — ¿Y crees que sea igualmente feliz y respetado? — No puedo saber si es feliz, puesto que ignoro si sus vasallos le aman, y si reina con gloria y tranquilidad, pero confieso que su persona nada tiene de augusto, ni cosa que infunda respeto. No hay soberano alguno de Europa que no le exceda en majestad. — Sin embargo, el Gran Mogol ostenta un fausto y magnificencia á la cual ningun príncipe de Europa puede llegar. De esto puedes inferir que el oro, los diamantes, y todo el pomposo aparato del lujo asiático, no pueden por sí mismos inspirar respeto alguno. ¿Y qué pensarás de aquellos vanos europeos que estiman en mucho todas estas brillantes frioleras? Yo quisiera que la mujer de Europa que posee mas diamantes, pudiese en el espacio de veinte y cuatro horas hallarse aquí. ¿Qué diria al ver que toda su magnificencia no igualaba á la de una esclava de las mujeres del emperador? — Yo por mí, replicó Alfonso algo corrido, conozco que no volveré á hablar mas de los diamantes que mi padre perdió en el terremoto de Lisboa. Pero explíqueme Vd., prosiguió, ¿por qué razon los grandes de esta corte, al parecer tan ricos, son al mismo tiempo tan codiciosos? ¡Con qué vileza se arrojaban á recoger el oro y las pedrerías que el emperador les tiraba! — La causa es, porque fundan toda su vanidad en lucir con soberbios vestidos y costosos adornos, y no procuran distinguirse de los demas sino por el fausto y la riqueza, y ya ves que esta especie de vanidad, llevada al extremo, es capaz de hacer cometer las mayores bajezas. Pero volviendo al emperador, no há mucho que decias que ignoras si es feliz. ¿Acaso crees que un soberano tan poco respetable y tan ignorante pueda serlo? — Pero si es bueno podrá ser querido. — No se puede amar á un soberano que se desprecia. ¿No era preciso que para hacer á sus vasallos felices fuese instruido, justo y amable? Además, este no tiene vasallos, no reina sino sobre viles esclavos; en una palabra, es déspota, ejerce un poder tiránico, y padece todos los temores y

sobresaltos que serán para siempre el justo castigo de los tiranos. Las adoraciones que le tributan son violentas, y al tiempo mismo que la lisonja le ofrece inciensos, el odio trama en secreto su ruina. Pasa su vida temblando, ó descubriendo conspiraciones, desconfía de cuantos le rodean, y para colmo de horrores sus mismos hijos le son sospechosos.

Al dia siguiente á esta conversacion Alfonso y Thelismar fueron por la mañana á palacio. Estaba entónces el Mogol en guerra con el rey de Decan, y quiso aquel mismo dia visitar el acampamento de su ejército. El acompañamiento que llevaba era en extremo numeroso: Thelismar contó mas de ochenta elefantes ricamente enjaezados en que iban sus concubinas: las torrecitas que dichos elefantes llevaban, estaban cubiertas de planchas de oro y nácar. El enrejado de las ventanas de estas torres era del mismo metal. Un dosel de tela de plata con cordones y borlas guarnecidas de rubíes les servian de techo. El emperador iba sobre unas andas de oro y nácar cubiertas de perlas y pedrería: otras muchas andas iguales en la magnificencia, iban á prevencion detras de la del emperador. Delante de esta pomposa comitiva iba un crecido número de trompetas, tambores y otros instrumentos mezclados entre una multitud de oficiales que llevaban parasoles de tisú de oro bordados de rubíes, perlas y diamantes.

Despues de haber admirado nuestros viajantes la magnificencia del acampamento salieron de la corte del Mogol, y continuaron su viaje tomando el camino de Siam. En este reino vieron al famoso elefante blanco, animal tan venerado en todas las Indias Orientales. Su cuarto, ó por mejor decir el templo en que habita, es de una magnificencia pasmosa; solo á él se le sirve de rodillas y con vajilla de oro¹. « Las atenciones, dice un ilustre filósofo², los regalos, ofrendas y adoraciones le gustan sin corromperle, prueba de que no tiene alma racional; esto solo deberia ser suficiente para desengaño de los Indios. »

Ya no les quedaba por ver á los viajantes mas que una parte del mundo. Pasaron finalmente á la América, y desembarcaron en California: de allí se encaminaron á Méjico. Estando en camino para llegar á Tlascalá, habiendo Thelismar mirado su reloj hizo parar

¹ En Laos y el Pegú logran los elefantes blancos el mismo culto y adoracion.

² El conde de Buffon.

las literas, y apeándose, dijo á los criados que esperasen y cuidasen de los caballos, porque, añadió, va á hacerse de noche. Bueno es eso, dijo Alfonso riéndose, ¿cómo es posible que se haga de noche, si aun no son las doce del día? No le respondió Thelismar, pero buscando alguna sombra, se encaminó hácia unos árboles poco distantes. Siguiéndole Alfonso atisbó un animal, cuya extraordinaria figura llamó su atención: tenia de largo, poco mas ó ménos, diez y nueve ó veinte pulgadas, sin contar la cola, que tenia otras doce.



Las orejas eran parecidas á las de la lechuza, el pelo todo erizado, y la cola semejante á la de las culebras, y enteramente cubierta de escamas. Como estaba parado, tuvo Alfonso la curiosidad de examinarle, y advirtió que estaba esperando á sus hijuelos que corrian hácia él. Luego que el animal los vió juntos, los fué metiendo uno tras otro en una grande bolsa que tenia debajo de la tripa, y hecho esto se encaminó hácia los árboles. Deseoso Alfonso de examinar mas despacio un animal tan extraño, y viendo que corria poco, le persiguió. Iba ya á cogerle, cuando viéndose el animalejo al pié de un árbol, trepó á él con indecible ligereza, y enroscando la cola en una de las ramas mas elevadas, se colgó de ella y quedó inmóvil¹. Preparábase Alfonso á subir al árbol, cuando de repente oye un

¹ Este raro animal se llama *sariga* ú *opossum*. « La sariga, dice Mr. de Buffon, es únicamente originaria de las provincias meridionales del nuevo continente... Se halla no solamente en el Brasil, en la Guayana, y en Nueva España, sino tambien en la Florida, en la Virginia, etc.... La hembra tiene debajo el vientre una cavidad ancha, en la cual recibe y da de mamar á sus hijos. . Estos salen de ella, y vuelven á entrar diversas veces al día, etc »

estampido fuerte y continuado, parecido á una descarga de artillería, y en el mismo instante se halló cubierto por todas partes de un sinnúmero de granitos negros que le habian disparado¹. Se hizo atras con precipitacion, poniendo sus manos sobre los ojos heridos con la descarga que acababa de recibir. El dolor que sentia le obligó á tenerlos cerrados algunos minutos: pasado el primer dolor los abre; pero al punto prorumpe en un grito doloroso exclamando: ¡Oh cielos! ¡he cegado!... ¡Oh Thelismar, oh Dalinda, ya no volveré á veros!... ¿Thelismar, Thelismar, en donde está Vd.? Al mismo tiempo oyó bastante cerca de él una gran carcajada y conoció la voz de Thelismar. ¿Pues qué, prosiguió, es capaz Thelismar de alegrarse de mi desgracia? No, no es posible... Iba á proseguir, pero acordándose que Thelismar habia advertido á los criados que iba á ser de noche, comenzó á tranquilizarse y á sospechar la verdad del caso. Á pesar de las densas tinieblas que le cercaban, se encaminó hácia la parte de donde venia la voz de Thelismar: al fin le encontró y le agarró del brazo. Alfonso, le dijo Thelismar, no puedo servirte de guia en esta ocasion, porque yo mismo la necesito tanto como tú. — Gracias al cielo, replicó Alfonso, me veo libre á costa de un buen susto. Ahora comprendo que la causa de mi espanto no ha sido mas que un eclipse de sol, pero no creia que pudiese causar tan grande oscuridad, y no puedo concebir de qué modo ha previsto Vd. el instante de ella con tanta exactitud. Aun hablaba Alfonso, cuando empezó á descubrirse el sol, disipando la temerosa oscuridad que ocultaba todos los objetos. Aquel silencio profundo, aquella calma majestuosa de la noche desapareció repentinamente; pareció que toda la naturaleza revivia, y las aves creyendo celebrar la venida de la aurora, anunciaron con su armonioso canto el renacimiento del día.

Volvieron Thelismar y Alfonso á subir en sus literas; y el eclipse, el animal singular que Alfonso habia visto, juntamente con la des-

¹ Se llama *árbol del diablo* un árbol que crece en América. Su fruta cuando está madura es elástica. Cuando la cáscara de ella se deseca con el calor del sol, se abre con estrépito y despide á lo léjos sus pepitas, y por esta operacion de la naturaleza le dieron dicho nombre. En el tiempo de la perfecta madurez de sus simientes, la fruta produce el efecto de una pequeña artillería, cuyo ruido continúa algun tiempo rápidamente, y se oye de bastante léjos. Estas mismas frutas trasportadas ántes de su madurez en un paraje seco, ó expuestas sobre una chimenea á un calor moderado, se desecan poco á poco, y despues producen el mismo fenómeno. (Mr. de Bomare.)

carga de artillería que le habia causado tanto espanto, dieron motivo á una conversacion, que aun no se habia acabado cuando llegaron á Tlascala.

Despues de haber estado en Méjico, se embarcaron para la isla de Santo Domingo. Esperaba Alfonso encontrar en aquella isla alguna carta de su padre : halló una de Portugal, pero no era suya, y las nuevas que contenia le afligieron en sumo grado. Le avisaban que don Ramiro no habia vuelto á Portugal, que era falso cuanto se habia dicho de que habia recobrado parte de su antiguo valimiento, como tambien que se le hubiese enviado con alguna comision secreta; y que ántes bien muchos creian que estaba desterrado; pero que se ignoraba enteramente el lugar de su destierro. Estas nuevas llenaron de dolor á Alfonso : nuevamente inquieto sobre el paradero de su padre, el remordimiento de su culpa le atormentaba con mas fuerza que nunca. Veíase sepultado en estas dolorosas reflexiones, cuando Thelismar fué á buscarle. Vengo á anunciarte, le dijo, que verás á Dalinda mucho ántes de lo que esperabas; está en Paris con su madre, y nos están aguardando : mañana salimos de aquí para Surinam, y de allí nos embarcaremos directamente para Francia. Pero en tanto que veas á Dalinda quiero enseñarte un regalo que me envía. Toma, abre esa cajita : ¿conoces esa pintura? — ¡Qué veo! exclamó Alfonso, ¡el retrato de Dalinda! ¡Qué pintura tan divina! ¡Qué semejanza! ¡Y qué destreza en la mano del pintor! — Pues aun te gustará mas esa pintura cuando sepas que Dalinda misma la ha hecho. — ¡Dalinda! ¡Con que todo lo tiene, belleza, gracias y habilidades!... permítame Vd. que vuelva á mirarla otra y otra vez. Sí, estas son sus mismas facciones, esta es aquella sonrisa encantadora... ¡Ah Thelismar, qué feliz es Vd. en poseer esta preciosa joya!... — No obstante, deseo otro retrato, quiero que Dalinda se vuelva á retratar, pero ha de ser al lado de su esposo, y cuando ella me haya hecho esa pintura prometo darte esta. La respuesta de Alfonso fué apretar entre sus manos las de Thelismar, y regarlas con sus lágrimas.

Muy léjos estaba Alfonso de experimentar una alegría pura y sin mezcla de pesar : miraba como una obligacion indispensable la de volver á Portugal con la esperanza de tomar algunas luces acerca del destino de su padre. Estaba enteramente resuelto á declarar esta determinacion á Thelismar; pero este proyecto afligia dema-

siado su corazon para que no le causase las mas violentas agitaciones. Además de esto, nunca habia tenido valor para confesar á su amigo y protector la culpa que ahora lloraba tan amargamente de haber abandonado furtivamente á su padre. Este primer disimulo le habia obligado á disfrazar la verdad con otros muchos; pero finalmente, tomó la firme resolucion de expiar todos sus yerros con una sinceridad sin reserva, y si era preciso con los sacrificios mas dolorosos. Con estas disposiciones se embarcó para Surinam¹.

Llegaron los dos viajantes á este país ya de noche, y al tiempo de desembarcar presenciaron un espectáculo enteramente nuevo para ellos. Les pareció que toda la costa estaba cubierta de una infinidad de luces colocadas sin simetría á distancias desiguales. Contemplaban esta agradable iluminacion, cuando advirtieron que varias de aquellas luces se movian adelantándose hácia ellos. De allí á poco vieron claramente diez ó doce hombres que andaban con mucha ligereza, sin embargo de que al parecer tenian el cuerpo cubierto de candelillas. Las llevaban en los gorros, en los piés y en las manos. Esta vision causó mucha novedad á Alfonso. Bien hubiera querido acercarse á ellos, pero pasaron con mucha ligereza sin detenerse, y como no entendia el idioma de los conductores que los acompañaban, no pudo satisfacer su curiosidad. Luego que llegaron á la casa en donde debian hospedarse, notó Alfonso que las luces estaban puestas debajo de algunos vasos, y queriendo examinarlas de cerca, se quedó admirado al ver que aquellas luces no eran otra cosa mas que unas moscas ó escarabajos de un verde de esmeralda que despedian de sí una luz muy viva.

Esta es, dijo Thelismar, la explicacion que deseabas : algunos árboles cubiertos de estas moscas, se parecen desde léjos á una araña suspendida en el aire. Los hombres que hemos encontrado habian atado algunos de estos insectos en sus gorros y zapatos, y los llevaban tambien en la mano encerrados en un tubo de vidrio. Aquella misma noche supo Alfonso que aquellas moscas tan hermosas eran útiles de varios modos. Luego que se acostó quitaron los vasos en que las tenian presas, diciéndole que no le incomodarían, y que ántes al contrario matarían todos los mosquitos que encontrasen en el cuarto.

¹ Surinam es una colonia holandesa, que tiene de extension treinta leguas á lo largo del río de Surinam en la Guayana.

Lleno Alfonso de inquietud y de pesar, no pudo dormir en toda la noche. Se levantó antes de amanecer, determinado á no dilatar mas su declaracion con Thelismar, y resuelto á confiarle en aquel mismo dia su culpa y su pena. En tanto que Thelismar despertaba, fué á pasearse solo á la orilla del mar, y despues de haberse paseado mucho tiempo, se sentó al pié de un árbol, é insensiblemente fué perdiendo la vista, el conocimiento y las fuerzas : de allí á poco cerró los ojos, y se quedó dormido : el eco de un grito penetrante y doloroso le despierta; abre los ojos, y se halla en los brazos de Thelismar, que estrechándole entre ellos fuertemente le arranca de allí, y le lleva á cien pasos mas allá en la misma playa. Quiere Alfonso hablar, pero no puede articular sino algunas voces interrumpidas con dolorosos quejidos. Thelismar le deja sobre la yerba, y corriendo á la orilla del mar llenó su sombrero de agua, y trayéndola á Alfonso hizo que la bebiese toda. Ayudado despues de algunos criados, pudo llevarle á su posada. Poco á poco fué reco-



brando el conocimiento y las fuerzas, y finalmente pudo decir : ¿ En dónde estoy? — ¡ Ay hijo mio, le dijo Thelismar, ya te habia yo hablado de aquel árbol fatal : ¿ no te dije que debajo de su pernicioso sombra al sueño se sigue la muerte ¹? — Es verdad, replicó Alfonso en

¹ Este árbol se llama *higuero*. Crece á la altura de nuestros nogales : al abrir su corteza con una navaja, sale de ella una sustancia láctea que es un veneno mortal. Los Indios mojan en ella las flechas que quieren emponzoñar. No se corta este árbol sin tomar las mayores precauciones. Su fruta se parece á nuestras manzanas, su olor es agradable, pero su sustancia interior está impregnada de un zumo blanco tan peligroso

voz baja y débil, ahora me acuerdo... — Gracias al cielo estás fuera de todo peligro; pero si mi inquietud no hubiese guiado mis pasos hácia aquel sitio en el mismo instante que te encontré, ya te habia perdido para siempre... — ¡ Oh padre mio, Vd. llora!... ¡ Oh amigo el mas tierno!... ¡ Oh el mas querido de los bienhechores!... ¡ Ah! ¿ por qué me ha librado Vd. de la muerte?... Hubiera á lo ménos conseguido llevar al sepulcro su aprecio y estimacion. ¡ Infeliz de mí! Llorando Thelismar la desgracia del desventurado Alfonso, hubiera ignorado eternamente sus delitos... — ¿ Y á qué viene todo eso? — Me considero colmado de sus beneficios de Vd., penetrado de sus bondades; mi agradecimiento y ternura es el afecto que reina en mi corazon, y sin embargo soy el mas infeliz de todos los hombres... — ¡ Oh cielos! ¿ qué capricho es ese?... — Thelismar, una palabra tan solamente le hará á Vd. conocer mi situacion... No puedo ir con Vd. á Francia... — ¿ Pues cómo?... — Una obligacion sagrada me manda volver á Portugal... ¡ Ah, si á lo ménos compasivo el cielo admitiese este doloroso sacrificio en satisfaccion de mi culpa!... — ¿ Cuál es, pues, el cruel remordimiento que te oprime?... pero no, no es posible que tú hayas cometido ni delito, ni baja. Háblame, tranquilízate, abre tu corazon á tu mejor amigo. A estas razones Alfonso, derramando lágrimas de agradecimiento y alegría, calla algun tiempo, y despues tomando la palabra, confiesa sin rodeos á Thelismar que le habia engañado, asegurándole que don Ramiro aprobaba su viaje : le cuenta asimismo sin disfraz alguno todas las circunstancias de su fuga, y pinta del modo mas tierno y expresivo sus remordimientos, y las vivas inquietudes que le causa la incertidumbre en que se halla á cerca del paradero de su padre.

Luego que acabó su discurso, Thelismar mirándole con ternura le dice : No pienses que he de abandonarte ; yo mismo te llevaré á Portugal. Estas palabras inspiraron á Alfonso un movimiento de gratitud tan vehemente, que no pudo expresarle sino arrojándose á los piés de su generoso amigo. Sí, replicó Thelismar, espero que

como el de la corteza y hojas. El higuero ó manzanillo crece en la mayor parte de las islas Antillas á la orilla del mar. A cualquiera que duerme á la sombra de este árbol se le encienden los ojos, y se le hincha el cuerpo, etc., y si no se apartase prontamente podria morir. Dicen que el agua del mar bebida al instante es el remedio mas eficaz contra los efectos del veneno de este árbol; otros dicen que una cucharada de aceite.

hemos de encontrar á ese padre infeliz; gozaré de la dicha de verte en sus brazos, y me atreveré á asegurarle que le vuelvo un hijo capaz ya de hacerle dichoso... Tardaremos mas en llegar á Francia; pero Dalinda no te verá sino reconciliado ya con el cielo, contigo mismo, y en fin honrado con la bendicion paternal.

No pudo Alfonso responder á tan cariñosas razones sino con un torrente de lágrimas. Me parece, prosiguió Thelismar, que don Ramiro vendrá gustoso en tu casamiento con Dalinda; mi hacienda no es inmensa, pero es mas que regular, y como todos los vínculos que le sujetaban en Portugal están ya rotos, no será difícil persuadirle á que mire la Suecia como su patria, y mi casa como la suya. — ¡Ah, ya esto es demasiado, exclamó Alfonso, ah Thelismar! déjeme Vd. respirar... Mi corazon no puede resistir á las sensaciones que experimenta... con un bienhechor como Vd. el agradecimiento se convierte en pasion. ¿Y cómo es posible que pueda yo explicar todo lo que mi alma siente en este instante?

Esta conversacion libertaba á Alfonso de la mayor parte de sus pesares: la indulgencia y amor de Thelismar mitigaban sus crueles remordimientos, y hacian renacer en su alma las mas lisonjeras esperanzas. Antes de partir de Surinam quiso Thelismar ver una pesquería á que habia sido convidado. El día señalado para ella salieron de casa los viajantes muy de mañana: para llegar á la playa del mar tuvieron que atravesar una laguna medio seca, cubierta de árboles muy extraños. De sus ramas flexibles se desprendian varios pelotones de filamentos, que bajando hasta la tierra, tomando raíz y creciendo de nuevo formaban otros árboles tan grandes y robustos como aquellos de donde salian, multiplicándose así sucesivamente; de suerte que un solo árbol puede producir un bosque entero. Pero lo que mas extrañó Alfonso fué el ver que todos aquellos árboles estaban cubiertos de conchas; aun en sus ramas mas altas se veian pegadas una multitud de ostras. Acababa Thelismar de explicar á Alfonso las causas de esta singularidad cuando llegaron á la playa: comienza la pesquería, echan las redes al mar, y las sacan llenas de pescados. Entre otros advirtió Alfonso uno semejante en todo á una anguila, pero de un tamaño monstruoso; queriendo examinarle de cerca se llega á él, y al hacer este movimiento, tropieza la punta de una varita que tenia en la mano en el pez; en el mismo instante sintió Alfonso en todo el brazo un dolor tan vivo,

que no pudo ménos de prorumpir en un grito involuntario. Todos los pescadores se echaron á reir, y Alfonso espantado y corrido se quedó algun tiempo inmóvil. Volviéndose á acercar despues al pez: No puedo comprender, dijo, cómo con solamente haber tocado á este animal con la varita me ha causado una conmocion tan fuerte; pero á lo ménos haré ver á todos, que si su efecto me ha sorprendido, no es capaz de poderme acobardar. Diciendo esto, se baja, y agarra al pez con la mano. Esta vez no gritó, pero experimentó un entorpecimiento general acompañado de un golpe tan violento, que hubiera caido en tierra á no haberle sostenido Thelismar. Quedó Alfonso tan aturdido de la violencia del golpe, que en algun tiempo no supo dónde estaba. Luego que volvió del todo en su acuerdo, le dijo Thelismar: Quiero hacerte ver otro efecto de este pez aun mucho mas admirable. Aquí estamos catorce personas, hagamos rueda cogiéndonos de las manos; yo seré el primero y tú el último, y tocando yo el pez con una varita, tú sentirás la misma conmocion que yo, á pesar de que médian entre los dos doce personas. En efecto, la experiencia confirmó cuanto habia dicho Thelismar¹.

Al día siguiente salieron los viajeros de Surinam, y se embarcaron para Portugal. En esta travesía correspondió Thelismar á la confianza de Alfonso, satisfaciendo á una curiosidad que tenia mucho tiempo antes. No concebía Alfonso cómo habia podido resolverse Thelismar á expatriarse durante cuatro años, apartándose por tanto tiempo de su amada familia. Thelismar le dijo que su soberano, protector de las ciencias y las artes, le habia obligado á hacer este sacrificio. Finalmente, continuó Thelismar, los favores que debo á mi rey, mi amor á las ciencias, y la particular inclinacion que tengo á la Historia natural me han determinado á encargarme de esta empresa, y tu amistad me ha hecho llevar con paciencia las fatigas que me han resultado de ella. El cuidado de corregirte é instruirte, y el afecto que te profeso han podido solos dulcificar las pesadumbres é inquietudes que várias veces he padecido, y que son anexas á una expatriacion tan larga.

Despues de una feliz navegacion llegaron á Portugal. De cuantas informaciones tomó Alfonso acerca de don Ramiro, no pudo saber

¹ Este pez extraordinario es la *torpedo ó trimielga*; tiene la propiedad de causar un entorpecimiento doloroso á los que le tocan.